

COMENTARIOS SOBRE 1899 y 1900

Pasó aquel año de 1899. Moncada recuerda un gravísimo incidente, mejor dicho, intención malsana que una noche entera le poseyó. El presidente Zelaya hacía una visita a la Concepción. De Masaya, en el camino cruzaría por estrechos desfiladeros y hondonadas, fáciles para cortar de un tajo a la tiranía. Uno de esos desfiladeros se halla a dos o tres mil varas de Masatepe. "Un rifle en mi casa, agrega el perseguido relator, una idea obsesionante, el espiar al tirano en la encrucijada, y concluir con él....."

Una noche entera en vigilia, paseando a la sombra de un árbol....., con fiebre en el alma, en la cabeza, en el cuerpo, animoso y asustado a la vez.....

A las cuatro de la mañana hubo reacción.....

"No, jamás, se gritó a sí mismo. Nunca traidor asesino. Y con estas manos crispadas puso el arma en rincón".

"Esta es la vida de las persecuciones y la tiranía. Esta es el hacha maldita que hiere y enciende las almas, que puede pervertir al ciudadano, arrojarle a la picota. Cuántos habrán perecido así en este mundo", piensa y dice Moncada desahogándose.

Todo esto pasaba en Julio y Agosto del año anteriormente citado.

El 1900, precursor del nuevo siglo, Moncada fuese al trabajo. Tabaco, arroz, maíz. El mismo guiaba los bueyes o manejaba el arado. Escribía a ratos, como recuerdo de su pluma. Todo pensamiento y libertad en Nicaragua habían desaparecido. Su libro Lo Porvenir, secuestrado en Corinto, pudo publicarse gracias a uno de sus buenos y mejores amigos. Félix Pedro Zelaya. Había sido sometido a la censura. Uno de los secretarios del presidente, llamado a la recta, dio por fortuna buen informe: más, después del impreso, el Gobierno ordenó el secuestro de toda la edición. Le habían hallado, al leerlo de verdad, un grave defecto: rebeldía. El protagonista del libro, Oscar, no reconocía gobierno injusto, ni el de la naturaleza.

Escribió Moncada otra obra, La Redención, segunda serie que Lo Porvenir anuncia. El mismo Oscar seguía su camino. Era Luzbel revelado, aquí en la tierra, contra la tiranía de dos sacerdocios, el religioso y el abogadil. El libro decía que en una familia muy creyente trabajaba todo el año para hacer fiestas, pagar misas y responsos, y por la confianza el cura del lugar resultó dueño de la casa de Oscar, y luego deshonoró a la familia.

El pobre Oscar, pobre pero rebelde, busca entonces un abogado que le defienda contra el cura, y allí termina su pequeño caudal, el abogado le quita el resto. El libro encendía, calcinaba. El Ministro de Instrucción Pública nombró una comisión para el análisis, compuesto del Rector Adolfo Altamirano profesor entonces de un colegio de Managua; del Doctor Francisco Paniagua Prado, eminente jurisconsulto; un tercero cuyo nombre ha caído en piadoso olvido. No hubo dictamen, pero el libro se perdió. La sobrina y el ama de Don Quijote, sin duda, le sometieron a la hoguera. Igual cosa ha de haber sucedido con la obra inédita que en San Salvador se le dejó a Calderón Ramírez. Nunca jamás se supo de su suerte. -

En todo esto comprenderá el lector que Moncada ha sido siempre hombre sencillo. El someter un libro de esa clase al Ministerio de Instrucción Pública, confiado a un Doctor en Leyes y luego a una comisión en la cual había dos letrados más, significaba suicidio, y el libro en verdad desapareció. La comisión y el ministro, eran liberales, pero partidarios inciertos del pensamiento libre.

Hacía reflexiones Moncada. Si sembraba tabaco, arroz o maíz, algún dinero recibía. Si sembraba libros, nada. No se sabe cómo porfía en este género de sacrificio. Se dice de animales silvestres y domésticos también que nunca caen en el mismo bajadero, más Moncada ese siempre sigue escribiendo..... Tal manía adquirió desde la niñez.

En 1900 nace conatos de guerra civil y sobre todo prisiones, se sentía en la atmósfera la pesadez de la lucha política, el odio de unos y otros, ideas de venganza y de ruina.

Domingo Vásquez, el personaje hondureño derrocado de la presidencia por Zelaya y Bonilla, cruzaba el Golfo de Fonseca en un barco. En Tegucigalpa, el Gobierno creyó que éste se hallaba armado en guerra y de la fortaleza en El Amapá, le recibieron a cañonazos. Continuando su camino la nave, penetra en Corinto y de allí es extraído el emigrado político y conducido prisionero al cuartel Principal de Managua, en cuyas paredes un día el protagonista de esta historia cavara un agujero.

A fines del año había en la Penitenciaría de Managua, como treinta prisioneros políticos. Muchos emigrados residentes en Bocas del Toro, Colombia, preparaban una expedición, con auxilio del Gobierno de aquel país que no sabía olvidar las invasiones de Zelaya contra Panamá. En la cárcel estaba, pues Moncada. Cuando el carcelero abría la celda, le tomaba aquél a la llave algún detalle para dibujarlo en un papel. En la porta viandas enviaba misivas a un amigo y con ellas el dibujo para encargarse una llave igual. Le llegó sorprendiendo luego en su celda a la mayoría de los granadinos y diciendo: con esto saldremos cuando se quiera. Cara de sorpresa pesada y temible pusieron sus amigos.